

En tercer lugar, perfila la amplia gama de problemas que enfrenta la teoría de las relaciones internacionales: desde los derivados de prospectivas anglosajonas que se centran únicamente en las superpotencias hasta la asunción del enfoque realista estatocéntrico en sus distintas versiones, la perspectiva etnocéntrica y su traducción mecánica a realidades distintas, y la deshumanización de las construcciones teóricas. La respuesta, según del Arenal, radicaría en asumir el pluralismo paradigmático, el replanteamiento de la vinculación entre política interna y externa, la consideración de la sociedad internacional como comunidad y la necesidad de revisar los actuales conceptos y terminologías.

Para del Arenal, en conclusión, la teoría de las relaciones internacionales debería de responder a exigencias como el tratamiento global de los problemas; la búsqueda de generalizaciones y regularidades susceptibles de contraste; la búsqueda de relevancia; la relación con el mundo real; la adopción de una perspectiva dinámica; el reconocimiento de que la teoría no puede ser neutral; y, finalmente, la necesidad de una clara orientación normativa hacia la acción.

*Alejandro Negrín*

**Roger Díaz de Cossío, Graciela Orozco y Esther González, *Los mexicanos en Estados Unidos*, México, Sistemas Técnicos de Edición, 1997, 332 pp.**

Esta obra aborda uno de los fenómenos sociales más singulares que resultan de la compleja relación existente entre México y Estados Unidos: una comunidad de más de 20 000 000 de personas de origen mexicano en Estados Unidos. Dicha comunidad está formada por amplias y muy diversas comunidades de mexicanos y mexicano-americanos; por indocumentados, residentes o ciudadanos estadounidenses que, con distintos perfiles profesionales, intereses o ideologías, comparten un mismo origen étnico o cultural y, frecuentemente, una misma identidad cultural.

A través de juicios y reflexiones producto del análisis teórico pero, sobre todo, de la experiencia directa y la observación empírica, los autores de *Los mexicanos en Estados Unidos* acercan al lector a la compleja problemática de las comunidades mexicanas y mexicano-americanas en Estados Unidos. Como es bien sabido, Roger Díaz de Cossío se encuentra en el origen de muchos esfuerzos por acercarse de manera ordenada y sistemática a los mexicanos que se encuentran más allá de las fronteras nacionales. Prueba de ello es este libro, aunque no podemos dejar de destacar la visión clara, sensible e inteligente de Díaz de Cossío para lograr la fundación, en 1991, del Programa para la atención a las comunidades mexicanas en el extranjero, de la Secretaría de Relaciones

Exteriores (SRE). Si bien habían existido esfuerzos aislados e interrumpidos para acercarse a dichas comunidades, muchas veces sólo dejaron una marcada sensación de trabajo fallido; sin embargo, gracias a la tenacidad y perseverancia de Díaz de Cossío, el programa de la SRE antes mencionado se integra ya como uno de los capítulos más importantes de la política exterior mexicana contemporánea.

La lectura de la obra que se comenta es ágil gracias no sólo a la manera en la cual está escrita, sino al interés que van despertando sus ocho capítulos; éstos analizan desde la formación de las comunidades mexicanas en Estados Unidos (proceso que comienza con la independencia de Texas y las nuevas fronteras México-Estados Unidos de 1848) hasta el interés y el acercamiento reciente del gobierno mexicano hacia dichas comunidades. La obra analiza, entre otros aspectos, la evolución en la organización de esas comunidades, su desarrollo político, sus manifestaciones culturales, su lucha por acceder a una educación acorde con sus características y necesidades. Leer este libro es como asistir a una película que narra la historia y evolución de las comunidades de origen mexicano en Estados Unidos, verdadera epopeya llena de imágenes dramáticas, de historias de privaciones, sufrimientos y angustias, pero también de éxitos personales y colectivos.

En una sociedad llena de contradicciones y contrastes como la estadounidense, el esfuerzo y la lucha de dichas comunidades, así como los obstáculos encontrados, eran de esperarse. En primer lugar, debido a la xenofobia y al racismo. Figuras cercanas a lo siniestro, como Samuel George Morton que escribió hace más de un siglo en forma de exaltada xenofobia contra los mexicanos, siguen encontrando émulos en la actualidad; tal es el caso de los grupos promotores de iniciativas como la Proposición 187. Un estudioso del tema ha señalado que, “cuando entran en juego diferencias raciales y culturales, el escenario se vuelve más complejo; entonces afloran los prejuicios comunes de los estadounidenses, uno de los cuales [...] es el racial, el desprecio y el temor a la gente morena, entre ellos, los mexicanos. Es imposible comprender las relaciones México-Estados Unidos, ya sean pasadas o presentes, sin tener esto en cuenta”. Quizá también sea ya imposible comprender la historia misma de Estados Unidos sin la participación de los mexicanos y los mexicano-americanos: no debemos olvidar que, en el pasado reciente, las luchas por el reconocimiento de los derechos civiles de las minorías étnicas en Estados Unidos, principalmente los chicanos y los negros, jugaron un papel importante en el devenir de la sociedad estadounidense. En el contexto de la guerra de Vietnam, por ejemplo, se tradujeron en la toma de conciencia e, incluso, en la rebelión de los jóvenes de la clase media estadounidense.

Como muestra esta obra, ante una evidente desigualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad en que viven, la tenacidad de quienes han decidido

luchar por un mejor nivel de vida y bienestar despierta un profundo respeto y admiración. Los autores destacan que la fuerza de dicha tenacidad tiene mucho que ver con una identidad cultural compartida. De acuerdo con ellos, el patrimonio cultural y artístico mexicano, sus más nobles tradiciones históricas, son fuente inagotable para los mexicanos en Estados Unidos; constituyen un auténtico y generoso escudo que les permite mantener, preservar y enriquecer raíces, identidad y orgullo. Un solo ejemplo basta para ilustrar lo anterior: es frecuente que, después de varias generaciones, una familia estadounidense de origen mexicano siga hablando en español, lengua materna cuyo eco la protege del ruido que la circunda.

En este sentido, coincido plenamente con los autores cuando señalan, como primer propósito de las acciones de México para acercarse a las comunidades mexicanas en Estados Unidos, “acentuar en todos los mexicanos de origen, en Estados Unidos, el sentido de orgullo y pertenencia de sus raíces culturales”. A este respecto, merece especial reconocimiento el esfuerzo desplegado para el establecimiento de los centros e institutos culturales mexicanos en ese país, creados justamente para promover y difundir los valores de nuestra herencia cultural y artística en la comunidad mexicano-americana, principalmente. Igualmente, coincido con la idea de que la interrelación que se da entre los mexicanos *de aquí* y los mexicanos *de allá* es una cuestión de fondo pues, como afirman los autores, “somos dos sociedades interconectadas, mucho más por vínculos personales que por los institucionales. Ya no nos podremos desconectar. Al contrario, en el futuro, como se tratará de más personas —millones más— las interacciones serán más numerosas, complejas y diversas”. Sin duda, “aunque ya no emigrara un mexicano más, el proceso seguiría adelante, ineluctable, fuerte, porque en él están mezcladas las vidas de millones de familias en ambos lados de la frontera”.

De lo anterior se desprende la importancia que tiene todo lo que sucede en México en el ánimo colectivo de los mexicanos que viven en Estados Unidos y la comunidad estadounidense de origen mexicano. Las vicisitudes de México son también de ellos; no únicamente por lo que representen sus efectos en sus familiares y allegados en México, sino por la percepción que tiene esa parte de la sociedad estadounidense respecto del país del que provienen sus orígenes. Lo mismo vale decir en relación con los avances económicos, políticos y sociales de México, pues ello refuerza la satisfacción de su identificación con nuestros éxitos. Sobre este punto, recuérdese el importantísimo papel jugado por los líderes mexicano-americanos en la aprobación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

En una obra tan comprehensiva y completa como *Los mexicanos en Estados Unidos*, el lector agradece la descripción y el análisis de las luchas

emprendidas por las comunidades en favor de la educación, principalmente la bilingüe (sobre lo que aún falta tanto por hacer); de los medios de comunicación en español y su importancia como elemento aglutinador de la comunidad; así como de las manifestaciones culturales, entre las que el deporte hubiera quizás merecido un análisis más detallado pues, como el libro lo reconoce, es también una actividad que aglutina. Sin duda, en materia de deporte, los miembros de las comunidades mexicanas o de origen mexicano siempre han estado presentes, en algunos casos de manera destacada, para orgullo de los mexicanos de ambos lados de la frontera.

Asimismo, resulta de particular interés la oportunidad del cuestionamiento de un concepto tan caro a la sociedad estadounidense como el *melting pot*, crisol que ciertamente no explica, sino inadecuadamente, la persistente batalla de las comunidades de origen mexicano por mantener y robustecer cada vez más su propia e intransferible identidad. Más que un crisol parecería existir un mosaico de razas y de culturas.

Coincido plenamente con los autores en la idea de que, hasta 1990, la función de los consulados mexicanos se limitaba a relaciones más bien rutinarias de una representación en el extranjero; aunque no desconozco —como tampoco lo hace este libro— la labor de protección de los derechos de los mexicanos que empeñosamente han realizado siempre nuestros consulados. La nueva dinámica consular mexicana obedece, entre otras razones, a la viva interacción del trabajo de los consulados con las comunidades en Estados Unidos y a la articulación de esfuerzos compartidos para beneficio mutuo. Ésa fue mi experiencia particular en la batalla que libramos en contra de la Proposición 187 en California, así como en la asistencia y la ayuda brindadas a los damnificados del terremoto de Los Ángeles, de enero de 1994.

Más allá de los temas que analiza, esta obra invita al lector a una continuada reflexión en torno a diversos puntos; cualidad mayor en un libro de esta naturaleza. Uno de ellos es, por ejemplo, el de los mecanismos psicológicos que anidan en la conciencia del pueblo mexicano-americano en su relación con México; y, en el mismo sentido, los que explican la relación de los mexicanos respecto de dicha comunidad.

El análisis de la naturaleza, el origen, la evolución y las manifestaciones de la inmigración mexicana a Estados Unidos que contiene *Los mexicanos en Estados Unidos* constituye una importante y útil contribución para las sociedades de los dos países. Al ahondar en su conocimiento, fortalece el mutuo entendimiento y la colaboración. Sin duda, esta obra es un invaluable ejercicio de reflexión y de divulgación en un campo que, por sus características y sus alcances, urge conocer de una manera más amplia y completa.

Enrique M. Loeza Tovar